

la transformación de las economías de las zonas de cultivos de manera concertada con las comunidades afectadas. Mientras ocurre esa transformación el Estado se compromete a suspender la erradicación y el procesamiento de los cultivadores y a otorgarles subsidios. Sin embargo, la sustitución ha tenido todo tipo de obstáculos, el principal de estos que el Estado no consiguió asentarse en los territorios antes ocupados por las Farc. Además, la erradicación no se frenó del todo; por el contrario, se ha acelerado en meses recientes en respuesta al crecimiento de los cultivos. La situación puede incluso empeorar, pues varios candidatos a la Presidencia insisten en la necesidad de volver a la fumigación, pese a que está ampliamente comprobado que es ineficaz y dañina. En materia de cultivos ilícitos Colombia persiste en hacer lo que no funciona, de modo que da nueva vida a viejos conflictos.

RECONOCIMIENTOS Y TRANSFORMACIONES EN LAS CULTURAS POLÍTICAS DE LA IZQUIERDA

Fabio López de la Roche*

INTRODUCCIÓN

El proceso de paz con las Farc y la implementación de los Acuerdos del Teatro Colón del 24 de noviembre de 2016 tienen lugar en un complejo y difícil contexto de cultura política, en el cual ocurren transformaciones valiosas asociadas a cambios de valores y actitudes en algunos sectores de la derecha y la izquierda en medio del proceso de paz. Tales cambios coexisten paradójicamente con un amplio sector del país que persevera en discursos y actitudes de

* Historiador. Ph.D. en Lenguas y Literaturas Hispánicas University of Pittsburgh. Profesor y actualmente director del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales – IEPRI de la Universidad Nacional de Colombia. Autor de *Las ficciones del poder. Patriotismo, medios de comunicación y reorientación afectiva de los colombianos bajo Uribe Vélez* (2002-2010), IEPRI-Penguin Random House, 2014; y de *Izquierdas y cultura política ¿Oposición alternativa?*, Cinep, Bogotá, 1994.

exclusión, odio e intolerancia, y en la promoción del miedo y la desconfianza como medios de acción política.

En este ensayo me propongo hacer una valoración crítica de izquierda colombiana con miras a una mejor inserción en el contexto del posconflicto y pensando en las posibilidades que tiene de convertirse en una efectiva alternativa al poder dominante, casi siempre monopolizado por las fuerzas de derecha.

Divido mi exposición en dos partes. En la primera subrayo las contribuciones históricas de las izquierdas en Colombia a la modernización y democratización de la sociedad. Estoy convencido de que estas contribuciones hay que resaltarlas hoy, dada la actual atmósfera política, muy negativa en la valoración de las izquierdas, muy diferente del contexto optimista que caracterizó la reincorporación del M-19 a la vida civil en la coyuntura de la Asamblea Nacional Constituyente de 1991.

En la segunda parte analizo los problemas y lastres que han dificultado el despegue de una izquierda democrática, pluralista y civilista, y propongo algunas transformaciones en su cultura política que podrían favorecer su vinculación creativa al posacuerdo y la reconciliación nacional. Temas como el militarismo de izquierdas, la relación de las izquierdas armadas con la violencia como herramienta de transformación de la sociedad y el impacto de la violencia revolucionaria en la degradación del conflicto y la crisis humanitaria colombiana se sugieren como asuntos claves de la discusión dentro de las organizaciones y partidos de la izquierda, pero también a nivel de la opinión pública nacional, de cara a los procesos de la Jurisdicción Especial de Paz (JEP) y a las elaboraciones y balances que eventualmente establezca la Comisión de Esclarecimiento de la Verdad.

Este ensayo no profundiza en otras tradiciones de cultura política que merecerían aproximaciones críticas similares a la que aquí desarrollamos con respecto a las izquierdas. Pero es claro que estas se han desarrollado en un largo contexto histórico de interacción, tensiones y confrontaciones con esas otras tradiciones ligadas ya a los partidos tradicionales, la Iglesia católica, los medios de comunicación y el periodismo, los militares, los empresarios o los grupos oligárquicos dominantes durante muchas décadas en el sistema político colombiano.

LAS CONTRIBUCIONES HISTÓRICAS DE LAS IZQUIERDAS A LA MODERNIZACIÓN Y LA DEMOCRATIZACIÓN DE LA SOCIEDAD COLOMBIANA

La izquierda en Colombia ha constituido y constituye un conjunto muy complejo, fragmentado y contradictorio de organizaciones y partidos políticos legales, que han trabajado desde idearios de transformación de la sociedad en dirección a la justicia social y la defensa de las libertades políticas y civiles, pero también de organizaciones político-militares que optaron por la violencia revolucionaria contra el Estado y el establecimiento político. Si bien pueden existir entre estas dos vertientes diálogos y tangencias, cada una tiene sus propias dinámicas y especificidades. Más aún si tenemos en cuenta que en virtud de sus modelos genéticos (el comunismo soviético, el comunismo chino, la Revolución cubana o el modelo nacional-populista montonero o tupamaro) las izquierdas gestaron una diversidad de tradiciones de cultura política.

En un país reconciliado y menos intolerante las derechas, al igual que otras expresiones de la cultura política como

los liberales progresistas, los conservadores demócratas, las vertientes de centro o los grupos políticos cristianos, tendrían que reconocer el papel histórico y contemporáneo de las izquierdas en la democratización y modernización de nuestra sociedad; en las luchas por la justicia social y los derechos humanos, en el desarrollo del sindicalismo agrario y urbano, en la promoción de los derechos de las comunidades indígenas y en la movilización ciudadana, la protesta social y la organización de la gente para la participación y la lucha por sus derechos.

En relación con la reflexión intelectual sobre el país y la cultura nacional deben reconocerse los aportes de artistas, intelectuales y personalidades vinculados a tradiciones políticas y culturales de izquierda. El Teatro Experimental de Cali (TEC), el Teatro La Candelaria, el Teatro Libre y el Teatro Popular de Bogotá (TPB) no pueden entenderse sin la acción cultural de las izquierdas. A propósito, el programa *En voz alta*, que se emitía los lunes a las 10 p. m. por Canal Capital en el periodo en el que Lisandro Duque asumió la dirección del canal público capitalino, recordó las giras de los actores del Teatro Libre por distintas regiones del país, llevando repertorios teatrales tanto clásicos como contemporáneos a muy diversos pueblos y localidades, con el propósito de democratizar la cultura y familiarizar a trabajadores, campesinos y colonos con obras y autores de las tradiciones teatrales universal, latinoamericana y colombiana¹.

1 Sobre el Teatro Libre, su relación con el Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario (Moir) y la experiencias de los montajes teatrales en las regiones, ver la entrevista a la actriz María Carlota Llano en el programa *En voz alta*, emitido el lunes 26 de octubre de 2015.

En cuanto al cine hay que recordar también los aportes de la izquierda a la crítica cultural mediante la organización de cineclubes que funcionaron como centros de pensamiento crítico donde los asistentes pudieron conocer clásicos del cine latinoamericano y películas como *La batalla de Argel*, sobre el movimiento independentista y anticolonial en África y la irrupción en la política mundial de los países del Tercer Mundo, junto a filmes que denunciaban las atrocidades de las dictaduras en Chile, Argentina, Grecia o Portugal.

En la música popular es imposible no reconocer la presencia de una sensibilidad social de izquierdas en sus contribuciones a la *canCIÓN protesta*, comprometida con la justicia y con la promoción de los marginados (Piero, Leonardo Favio, Ana y Jaime) o al rescate y la valoración de la música folklórica latinoamericana (Inti Illimani, Quilapayún, Mercedes Sosa). La *nueva trova cubana*, representada por figuras como Silvio Rodríguez y Pablo Milanés, produjo una poética propia (“Años”, “El breve espacio en que no estás”, “Para vivir”, “Rabo de Nube”, “Imagínate”, “El unicornio azul”, “De qué callada manera”) y una lírica revolucionaria con una fuerte proyección sobre América Latina y el mundo hispanohablante. Pese a muchas contradicciones con la propia realidad política cubana y a la presencia en ocasiones de letras panfletarias, resonaron también en esos dos cantautores importantes acentos críticos e idearios ciudadanos y democráticos (“Playa Girón”, “Vamos a andar”, “Yo pisaré las calles nuevamente”, “La vida no vale nada”, “La maza”).

En el periodismo podríamos rememorar la significativa experiencia de la revista *Alternativa*, asociada a nombres como Gabriel García Márquez, Enrique Santos Calderón y Antonio Caballero. La labor crítica de la actualidad política,

el cuestionamiento de las exclusiones del Frente Nacional, la denuncia de la represión y del militarismo de derechas, la crítica a la Iglesia católica conservadora y oligárquica, la recuperación de la memoria histórica de las luchas sociales, el interés por los sucesos de la actualidad latinoamericana y de los países del tercer mundo, entre otros temas, fueron abordados de manera creativa en esa publicación.

En las artes plásticas y en la música figuras como Pedro Alcántara Herrán, Feliza Bursztyn y Teresita Gómez; en la actuación y en la dirección de televisión, Pepe Sánchez, Julio César Luna, Carlos Duplat y decenas de artistas nacionales hicieron y hacen parte de esa sensibilidad política y cultural de izquierdas que contribuyó a pensar la cultura popular y urbana y a imaginar y recrear la identidad nacional del país.

En Colombia la conformación de las ciencias sociales modernas, sobre todo la sociología y la antropología, se nutrió de la visión intelectual y la acción cultural de la izquierda y en particular del trabajo pionero de Orlando Fals Borda y el sacerdote y sociólogo Camilo Torres Restrepo en su periodo de organizador universitario de la naciente Facultad de Sociología de la Universidad Nacional junto al estudioso barranquillero. La historiografía, aun en los trabajos de reconocidos historiadores liberales como Álvaro Tirado Mejía o Jorge Orlando Melo, mucho le debe también a la sensibilidad de izquierdas que marcó sus primeros años de reflexión y producción académica.

Junto a los necesarios reconocimientos de las contribuciones de las izquierdas a la modernización, la democratización y la elaboración cultural e intelectual sobre la realidad nacional, también se requiere una revisión crítica de sus trayectorias políticas e intelectuales.

ASPECTOS A REVISAR EN UNA POSIBLE RENOVACIÓN DE LA IZQUIERDA DESDE UN HORIZONTE ESTRATÉGICO DE PROFUNDIZACIÓN DE LA DEMOCRACIA

En investigaciones anteriores sobre la cultura política de la izquierda² he utilizado el concepto de *encapsulamiento* del politólogo español Rafael del Águila, aplicado por él al análisis de los grupos clandestinos de oposición al franquismo, para referirme críticamente a ciertas actitudes, prácticas y visiones del mundo propias de las izquierdas armadas colombianas. Del Águila observa que

la clandestinidad producía un cierto encapsulamiento y una falta de comunicación con la sociedad en su conjunto, probablemente inevitable pero que tenía como consecuencia comportamientos políticos ritualistas, llenos de sobreentendidos, de claves ocultas, de sentimientos de grupo cerrado y portador de la única libertad/verdad posible, etcétera³.

Más allá del encapsulamiento de las izquierdas armadas podríamos aplicar el concepto, en un sentido ampliado, al análisis de otros actores sociales y políticos, pues resulta útil para subrayar la fragmentación de la sociedad colombiana y el hecho de que varios de sus grupos y actores colectivos (y no solamente la izquierda armada) funcionan con sus propios sistemas de referencias y valores, concebidos como verdades incontrovertibles, sin cotejar esas representaciones y creencias con las de otros sectores de la sociedad. Es la idea que

2 Fabio López de la Roche, *Izquierdas y cultura política. ¿Oposición alternativa?*, Cinep, Bogotá, 1994.

3 Rafael del Águila, "Rasgos básicos en la transformación de la cultura política española", en Norbert Lechner (comp.), *Cultura política y democratización*, Flacso-Clacso-Ici, Santiago de Chile, 1987, pp. 26-27.

ha planteado Sergio Jaramillo de Colombia como “un país de burbujas”, cada quien viviendo en su propia y estrecha representación de la realidad⁴.

El modelo o el carácter escalonado en el tiempo de la construcción de una voluntad de paz y de reincorporación a la vida civil entre las organizaciones armadas de izquierda (M-19 en 1989; EPL en 1990; Corriente de Renovación Socialista (CRS) en 1993; Farc-EP en 2017; ELN en ¿?) seguramente expresa la fragmentación del sistema político y de la sociedad, nuestra desintegración sociopolítica, territorial y sociocultural: las rupturas campo-ciudad; las brechas sociales en las ciudades; la ausencia de construcción estatal e institucional en muchas regiones periféricas; la sociedad abandonada a su propia suerte, a sus autoritarismos y a sus propias violencias y abusos.

Una de las facetas autoritarias de las izquierdas tiene que ver con su militarismo, poco discutido y analizado tanto en nuestros medios de comunicación como a nivel de la izquierda misma, que carece de una esfera pública y medios masivos propios a nivel nacional donde revisar autocríticamente su cultura política. Hay que decir también, con franqueza, que son muy pocos los líderes de la izquierda política dispuestos a dar ese debate. El militarismo de izquierda ha estado presente en los grupos guerrilleros desde los cincuenta y los sesenta, como herencia en parte de las revoluciones soviética, china y cubana, pero también de la propia tradición guerrillera

⁴ El no reconocimiento de los asesinatos sistemáticos de líderes sociales en Colombia en los últimos años y el negacionismo del fenómeno por parte del ministro de Defensa Luis Carlos Villegas y el presidente Santos, más allá de las consideraciones de “buena prensa” y de imagen del Gobierno, evidencia también el encapsulamiento de nuestros gobernantes.

colombiana. Dichà característica ha experimentado en las tres últimas décadas una degradación con respecto al ideario revolucionario inicial del “hombre nuevo”, estimulado por la Revolución cubana y la figura mítica del *Che*. Las relaciones con el narcotráfico, la proliferación del secuestro guerrillero como modalidad de financiación, la extorsión, la propia degradación ética y humanitaria del conflicto colombiano por los abusos de los distintos bandos terminaron sacando a la luz las peores facetas de ese militarismo revolucionario empanzanado en el autoritarismo y en un profundo relativismo ético cercano en muchas ocasiones al “todo vale”.

Ese militarismo de izquierdas y el culto a la figura del comandante también han estado presentes en algunos sindicatos, movimientos sociales y universidades públicas. Por ejemplo, la figura del “cura guerrillero” Camilo Torres termina a menudo dominando los grafitis y la iconografía de algunos grupos estudiantiles, de tal modo que invisibiliza al Camilo Torres entusiasta organizador académico de la naciente carrera de Sociología y líder de la Acción Comunal, al Camilo Torres fiestero y carismático o al Camilo Torres sociólogo rural, estudioso de La Violencia, de la vida campesina, de la comunicación y de las escuelas radiofónicas de Sutatenza⁵.

La heteronomía y subordinación incondicional de los partidos comunistas con respecto a los modelos internacionales de socialismo —el Partido Comunista de Colombia Marxista-Leninista (PCC M-L) y el modelo chino; el Partido Comunista Colombiano (PCC) y el comunismo soviético— es

⁵ Recojo aquí las contribuciones del profesor Jaime Eduardo Jaramillo Jiménez en un texto inédito sobre la figura de Camilo Torres Restrepo, así como mis propias observaciones y registros fotográficos de los “usos” de Camilo Torres en distintos campus universitarios del país.

otro de los grandes problemas y un rasgo que la izquierda comunista colombiana comparte con la inmensa mayoría de sus correspondientes latinoamericanas. La proyección utópica se juntaba con la idealización y la veneración de ese tipo de sociedades y con la asimilación acrítica de las historias oficiales épicas y celebratorias que silenciaban los gulags y las pugnas personalistas por el poder que terminaron en destierros y asesinatos de “traidores” reales o imaginados, potenciales competidores por el poder.

El culto cuasirreligioso a la personalidad de los máximos líderes —Vladimir Ilich Lenin, Iósif Stalin y posteriormente, con la Revolución cubana, Fidel Castro— en sociedades de partido único, de medios de comunicación controlados totalmente por el Estado-partido y de ideología marxista oficial única, donde la oposición política estaba cancelada, se reproducía en las militancias comunistas de los países periféricos. Ello producía culturas políticas con muchos elementos religiosos y sacralizados: el Partido, el Secretario General, el Comité Central; el santoral Marx, Engels, Lenin, Stalin, Mao; el lenguaje de secta o cofradía (como el uso de la palabra *camarada*), los manuales de vulgarización del marxismo como el de Afanásiev y otros catecismos políticos para militantes que contribuían a la difusión de las *verdades* y a la socialización de una visión del mundo que jugaba un importante papel en la cohesión ideológica y partidaria.

En su biografía de Juan de la Cruz Varela, Rocío Londoño recuerda la indignación del gran líder agrario comunista cuando llega a Moscú y se encuentra con que el cuerpo embalsamado de Iósif Stalin, luego del xx Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (pcus), ha sido sacado del mausoleo que compartía con Lenin. Las tradiciones de dependencia y admiración acrítica en la relación con Moscú

producían esas actitudes típicas en las militancias comunistas latinoamericanas⁶.

En una dimensión clave para el conocimiento de la realidad, la izquierda debería superar la idea (y la pulsión) de que hay una verdad para explicar el mundo y la sociedad, que se expresaría en una ideología verdadera: el marxismo o el marxismo-leninismo. Reconociendo el valor de las contribuciones del pensamiento de Karl Marx o de pensadores marxistas como Antonio Gramsci a la comprensión del mundo, una visión amplia de la sociedad y de la teoría social tiene que admitir que una cultura política democrática ha de formarse sobre la base del pluralismo, que el conocimiento de la realidad pasa por una amplia gama de aproximaciones teórico-conceptuales, que una formación para la crítica de la sociedad y para su transformación no la provee solamente el marxismo, que autores como Michel Foucault, Pierre Bourdieu, John Dewey, Norbert Elias, Edgar Morin o Umberto Eco, entre otros, también han contribuido a un pensamiento crítico y a pensar la transformación de la sociedad.

Se me objetará que el marxismo persigue la transformación revolucionaria de la sociedad. Precisamente creo que

6 Otras asimilaciones del marxismo estuvieron más cargadas de tensiones y distanciamientos críticos tanto con el marxismo de Marx como con la política exterior y militar de la Unión Soviética. Véase la descripción que hace el jamaíquino Stuart Hall (2010), inmigrante en Gran Bretaña y fundador de los estudios culturales británicos, sobre el complejo momento histórico de su llegada al marxismo, marcado por la percepción de este como “problema” y por las circunstancias de la intervención militar soviética en Budapest en noviembre de 1956. Stuart Hall, “Estudios culturales y sus legados teóricos”, en Eduardo Restrepo, Catherine Walsh y Víctor Vich (eds.), *Stuart Hall. Sin garantías: trayectorias y problemáticas en estudios culturales*, Instituto Pensar, Universidad Javeriana-Instituto de Estudios Peruanos-Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador-Enviñón Editores, Quito, 2010, pp. 51-71.

en el momento histórico que vive Colombia, de dejación de las armas y reincorporación de las Farc a la vida civil, debe estimularse en el seno de esta organización, como también entre los integrantes de otras guerrillas que ejercieron la violencia revolucionaria, una aproximación autocrítica frente a la lucha armada, su afectación a la sociedad civil, su papel en la crisis humanitaria colombiana, su contribución a la degradación de la guerra y de los propios combatientes y su ineficacia para hacer de Colombia una sociedad mejor organizada políticamente y más democrática.

Quisiera plantear que hoy, dado el proceso de paz con las Farc —las cuales proceden hasta cierto punto de esa matriz comunista y estalinista (y hasta cierto punto de las violencias y los autoritarismos criollos)—, sería deseable que los líderes del partido creado tras la reincorporación a la vida civil de la anterior organización armada avanzaran en una reflexión autocrítica sobre los modelos de socialismo que copiaron y emularon. Ello incluye revisar las posibles influencias genéticas y las continuidades entre ciertos modelos autoritarios de sociedad, verdad y cultura política y la deriva de sus liderazgos y de sus organizaciones político-militares en las últimas décadas.

Para avanzar en una revisión histórica crítica de los modelos de las izquierdas comunistas pueden ser muy útiles las crónicas e historias de vida recogidas en *El fin del Homo sovieticus*, de la escritora y Premio Nobel de Literatura 2015 Svetlana Aleksievich. También recomiendo la extraordinaria novela-epopeya del cubano Leonardo Padura *El hombre que amaba a los perros*, sobre la vida de Ramón Mercader, el asesino de León Trotski, y los entretelones del aparato policíaco y de espionaje estalinista. Y en un plano más historiográfico

es clave la *Historia de Rusia en el siglo xx* del historiador inglés Robert Service.

Para el caso de Cuba, que también requiere ser repensado en sus funciones de modelo político y de sociedad para la izquierda, tanto la película *Regreso a Ítaca*, de Leonardo Padura y Laurent Cantet, como el guion cinematográfico que la sustenta pueden ser insumos muy valiosos no tanto para descalificar de manera total a la Revolución cubana, y negar así sus aportes históricos y políticos, sino sobre todo para analizar su crisis, su pérdida de fuerza como modelo y todo el sentido de frustración que significa hoy ese sistema para las nuevas generaciones⁷.

En esa misma dirección autocrítica, pero para el caso de las organizaciones nacional-populistas de izquierda como el M-19, puede resultar también productiva la lectura de los capítulos sobre los años setenta y la acción política y militar de las organizaciones montoneras, en el libro de Luis Alberto Romero *Breve historia contemporánea de la Argentina 1916-2010*. Las acciones propagandísticas armadas de robo y distribución de camiones con bolsas de leche o pollos, los secuestros de dirigentes empresariales para presionar soluciones favorables a los trabajadores en convenciones colectivas, las ejecuciones como acciones de castigo a dirigentes sindicales vendidos a los patronos, en el caso argentino, permiten volver a mirar con intención autocrítica episodios similares en la historia colombiana como el secuestro por el M-19 en 1977 del gerente de Indupalma Hugo Ferreira Neira o el secuestro y asesinato por la misma organización del líder sindical y presidente

7 Véase sobre este asunto el extraordinario reportaje de G. Jaramillo Rojas, “Cuba, pura candela”, en *El Espectador*, 8 de diciembre de 2017, pp.12-15.

de la Confederación de Trabajadores de Colombia (ctc) José Raquel Mercado, caso en el que “las paredes hablaron” y lo condenaron a muerte por “traición a la clase obrera”.

Una reflexión que tiene que darse dentro de las izquierdas armadas, y también en aquellas tradiciones de izquierda legal que fueron proclives a la combinación de las formas de lucha y al aval a la violencia como forma de transformación de la sociedad, tiene que ver con el asunto de la opción subjetiva por la violencia.

Si bien la intolerancia, la exclusión y la violencia represiva u homicida contra las fuerzas de izquierda en Colombia han generado en estas reacciones y actitudes de similar intolerancia y violencia, así como heridas enconadas de difícil sanación, la izquierda misma, no ya como “reacción a la violencia antizquierdista” (como cuando los militantes coreaban en las manifestaciones “¡A la violencia reaccionaria, violencia revolucionaria!”) sino como sujeto y agente autónomo de la política que opta por ciertas formas de acción y toma decisiones, tiene responsabilidades propias en las dinámicas de violencia y de autoritarismo que han afectado gravemente la vida colombiana en las tres últimas décadas⁸.

En cuanto a los modelos derivados de las experiencias de los países del socialismo del siglo **xxi** se requiere hoy, si queremos construir sociedades y culturas políticas democráticas, superar el viejo y arraigado modelo de captura del poder, ejercicio indefinido de este en el tiempo y autopromoción de los gobiernos y mandatarios como representantes indiscutibles de la voluntad popular, que requiere que estos se reelijan indefinidamente sin formar liderazgos

8 Fabio López de la Roche, *Las ficciones del poder. Patriotismo, medios de comunicación y reorientación afectiva de los colombianos bajo Uribe Vélez (2002-2010)*, Penguin Random House, Bogotá, 2014.

y generaciones de relevo, como en una especie de retorno al caudillismo del siglo **xix**.

En ese sentido, las izquierdas con posibilidades de acceso al poder deberían avanzar en el reconocimiento de los derechos de la oposición y consagrarlos en un *estatuto de la oposición*. Y aceptar que si llegan a realizar como partidos en el poder una mala gestión gubernamental y esta es castigada por el electorado, no queda otra alternativa que pasar a la oposición y prepararse para regresar por la vía electoral con mejores programas y líderes capacitados para una mejor gestión.

Otro tema pertinente para la discusión tiene que ver con la transformación de los arraigados guiones mentales antiimperialistas ampliamente extendidos en la cultura política de la izquierda como modelos explicativos doctrinarios y omnicomprendidos. Muchas veces tales discursos dificultan no solo un pensamiento abierto y complejo sobre Estados Unidos de América, sus instituciones y su sociedad, sino sobre la interdependencia contemporánea y los poderes globales.

No se trataría por supuesto de eludir la crítica de las actitudes y políticas hegemónicas por parte de viejos y nuevos imperios, sino de horadar narrativas y representaciones muchas veces ritualizadas, que funcionan como un desiderátum y a partir de las cuales se termina “interpretando” y “comprendiendo” el mundo. El asunto tiene que ver con los *guiones mentales* como modelos de comprensión de la realidad que cuando son muy rígidos producen respuestas aprendidas como las que describía Nicolás Buenaventura en su libro *¿Qué pasó, camarada?* al aludir a ciertas fórmulas usadas en las discusiones de la izquierda en los años sesenta y setenta: “Compañero, no le dé más vueltas a eso. ¡Es la dependencia!”.

Una recomposición democrática, meritocrática y, en este último sentido, contracultural de las izquierdas frente

a la cultura clientelista dominante en Colombia tendría que asumir también el reto de superar la profunda brecha entre los partidos de izquierda, el sindicalismo, el magisterio organizado y los movimientos sociales, de un lado, y el conocimiento experto no solo de las ciencias sociales, las humanidades y las artes, sino de las ciencias básicas, las ingenierías, la administración pública y las ciencias de la salud y del cuidado. En un contexto de alejamiento en las últimas décadas entre los académicos e intelectuales y los partidos de izquierda y los movimientos sociales —por hastío, temor o despolitización y pragmatismo— es muy difícil que puedan configurarse proyectos alternativos viables de sociedad, con sólidas propuestas sectoriales de política pública, si no se favorece y consolida una articulación fluida y respetuosa entre las organizaciones políticas y los expertos y tecnócratas con vocación democrática y de transformación social.

En ese sentido, un notorio vacío y un reto paralelo para la izquierda colombiana —y muchas carencias a este respecto se vivieron en la Bogotá Humana de Petro— es el de construir una nueva cultura de la administración pública y de la gestión institucional eficiente y una tecnocracia con sensibilidad social y con un proyecto alternativo al neoliberal.

Otro vacío evidente en la gestión política de la izquierda tiene que ver con el conocimiento y manejo práctico de la comunicación, los medios masivos y las nuevas tecnologías y lenguajes transmediales. Eso implica estudiar y observar con cierto nivel de desprevención y frescura los procesos sociales y culturales contemporáneos, y superar aquello que Axel Honneth ha denominado “funcionalismo de izquierda”⁹, es decir, el “denuncismo” y las viejas visiones monolíticas,

9 Axel Honneth, “Teoría crítica”, en Anthony Giddens *et al.*, *La teoría social hoy*, Alianza Editorial-Conaculta, México, D. F., 1991.

defensivas y apocalípticas de los sistemas de medios, las industrias culturales y las tecnologías mediáticas. La película *No*, del chileno Pablo Larraín, muestra, en la coyuntura del plebiscito para permitir o no la continuidad de Pinochet en el poder, los problemas de esa cultura comunicacional de la izquierda ligada al modelo denunciante y la necesidad de trascenderla mediante nuevas propuestas comunicacionales.

CONCLUSIONES

La sociedad colombiana debe avanzar en la defensa de la paz como un bien superior, superar la polarización contemporánea, tomar distancia de los productores de odio y miedo y proponer alternativas compartidas de sociedad y construcción de confianza para fortalecer la reconciliación y una cultura de paz. La superación de la política del miedo y el odio podría dar paso a una vigorosa agenda ciudadana de política social.

Hay que recuperar y fortalecer la formación histórica de nuestros estudiantes en colegios y universidades y posibilitar un buen conocimiento de los datos y los procesos sociales de nuestra nación. Armados de esa mejor formación histórica y sociológica, y de competencias en el análisis político de la realidad nacional y mundial, podríamos proponer interpretaciones menos burdas e ideológicas que las que circulan actualmente en el país, provenientes del discurso de la extrema derecha, sobre el “castrochavismo”, el presidente Santos como supuesto jefe de esa tendencia y ejecutor de la entrega del país a Cuba o de su gobierno como una “dictadura civil”.

Las distintas vertientes del movimiento social y político ligado históricamente al pensamiento de izquierda deben hacer conciencia de sus importantes contribuciones históricas

y contemporáneas a la modernización y democratización de la sociedad colombiana, así como compartir con otros grupos sociales y ciudadanos esa valoración. Pero también tienen el deber y el reto de reformular y renovar su cultura política (discursos, actitudes, prácticas e imaginarios políticos y culturales), que en medio de las hostiles circunstancias en que ha debido desarrollarse en los últimos años, pero también en el marco de una manera religiosa de vivir la política en Colombia como cruzada o en términos de amigo-enemigo, termina con frecuencia respondiendo a la intolerancia y la exclusión con similares actitudes, reproduciendo las concepciones y los discursos gastados de hace treinta o cuarenta años, los guiones mentales sectarios y dogmáticos, sus viejos regímenes de verdad, y persistiendo en el funcionamiento de sus partidos como capillas o feudos cerrados.

Pero hay que decirlo también claramente: la cultura política de las izquierdas en muchas dimensiones no podrá transformarse si no hay cambios y aperturas en el otro polo del espectro político, el de la derecha, caracterizado hoy en Colombia por discursos y posiciones políticas intolerantes y primarias.

REFORMA A LA POLÍTICA, REFORMAS POLÍTICAS Y CONSOLIDACIÓN DE LA PAZ

Clara Rocío Rodríguez Pico*

Una desprevenida mirada a nuestro día a día deja al descubierto escándalos de corrupción en los que desaparecen millones de recursos públicos, relaciones comprobadas de políticos y partidos de todos los colores con actores ilegales también variopintos, oscuros manejos en la financiación de campañas y organizaciones políticas, ausencia de responsabilidad de actores gubernamentales, así como evidencia de que funcionarios electos o nombrados en el Gobierno, en el Congreso, en el nivel territorial e incluso en la rama judicial privilegian sus propios intereses sobre los del colectivo.

* Ph. D. en Ciencia Política, Universidad San Clemente de Ojred, Sofia, Bulgaria; magíster en Estudios Políticos Iberoamericanos, Universidad Internacional de Andalucía; magíster en Estudios Políticos, Pontificia Universidad Javeriana; trabajadora social, Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca. Profesora asistente, coordinadora de la Maestría en Estudios Políticos, IEPRI Universidad Nacional de Colombia.